



Isabel II, al llegar al destierro, se arroja en brazos de Marfori.

LAS LLAGAS [de la monja y del país]

LAS noticias políticas siguen siendo contradictorias, según las dan los dinásticos o los revolucionarios; según las publica la "Gaceta" o el "Boletín de la Revolución"... En Béjar y Alcoy resiste el pueblo pronunciado contra la tropa que ha ido a sujetarle. Ahora se da de nuevo por cierto la sublevación de Granada...

... El tío Agustín ha venido a decirme que los soldados de Novaleses apenas vieron a los de Serrano levantaron las culatas de los fusiles y se pasaron, gritando: '¡Viva la libertad!'. Añade el tío que el pueblo va por esas calles gritando también: '¡Viva la libertad y abajo los Borbones!...', adiós, casi me atrevo a aconsejarte que te vengas con tu madre cuando quieras. Aquí me parece que no hay ahora que temer más

El estreno en el teatro Español de la obra "De San Pascual a San Gil" (crítica en página 6) recuerda la época de Isabel II —la Reina Castiza—, de la "Monja de las Llagas" y del beato Claret. Fernando Díaz-Plaja, cuyos libros de Historia han descascariado de irreverencia las versiones ortodoxas y triunfalistas, hace aquí una exposición de lo que fue ese momento.

FERNANDO DIAZ-PLAJA

que el estruendo de las campanas. ¡Qué amada estaba doña Isabel II! No parece sino que a todos estos madrileños les ha caído el premio grande de la lotería con la caída de dicha señora".

Escribe un corresponsal político de excepción, aun siéndolo sólo por casualidad, por haberse encontrado presente en el estallido de la revolución, que, tras ciento sesenta y ocho años, terminaba con una monarquía que parecía firmemente asentada en el trono español. El corresponsal

—cartas a la familia— era Juan Valera, testigo asombrado, como dice irónicamente, de ver destrozada a una convencida de que era querida por el pueblo...

Ella misma lo dijo al cruzar la frontera a los pocos fieles que la seguían: "Creía que tenía aquí más raíces...". Contaba sólo treinta y ocho años, pero poca gente ha vivido más intensamente una existencia. A los tres años es ya la Reina Niña, con cuyo nombre en los labios mueren sus partidarios luchando contra los

que defienden los derechos de su tío Carlos. A los trece años inmaduros, incultos, la confusión política en su trono busca como solución el declararla mayor de edad, pero durante su infancia esa lucha carlista había dado al panorama político español un protagonista antes inexistente, un protagonista que lleva uniforme, usa faja y arrastra un sable. Es el general del Ejército al que una guerra civil —se repetirá un siglo después el fenómeno— proporciona poder, nombre y fama. La prensa moderna está prácticamente naciendo y quizá por ello sea más nuevo y emocionante leer los elogios que prodiga a los heroicos defensores de la Reina Niña, a los caudillos que combaten al fascioso... Y con los elogios llegan los títulos. Esa buena gente, procedente de familias

más o menos humildes (la lucha por la independencia abrió la escala militar al pueblo guerrillero), se encuentra de pronto que les llaman conde de Lucena, marqués de la Bisbal, conde de Belascoain, duque de la Torre, duque de Valencia, hasta príncipe de la Victoria... Tal lluvia de honores y riquezas les sube a la cabeza y se empiezan a considerar —funesta tradición la que empieza— "salvadores de la Patria". Los militares se "pronuncian", es decir, dan un paso al frente para mostrar el camino que el país debe seguir bajo su égida, la única posible en los tiempos en que viven. Esa palabra "pronunciamiento" pasará a las otras lenguas como *Guerrilla* y *Junta*..., entendiendo por ella la militar que toma el mando contra las autoridades legítimas de la nación. Yo recuerdo al general

De Gaulle en un mensaje televisivo llamando así despectivamente a los sublevados en Argel contra su autoridad; era una palabra española... que no me produjo ninguna satisfacción que hubiese saltado las fronteras pirenaicas.

Los generales del XIX se distinguen de los anteriores en considerar que sólo ellos son capaces de mandar (¿quién imagina a un duque de Alba exigiendo el gobierno a Felipe II?). El mismo Riego sólo había intentado reponer la Constitución sin ambicionar al puesto de primer ministro, pero los militares de mayor grado que le siguen a lo largo del siglo piden siempre en nombre de la nación, "que lo reclama imperiosamente", que les entreguen el poder. Y si no se lo dan lo toman al asalto o lo intentan al menos con más proclamas que sangre; se sublevaba un regimiento,

el Gobierno cedía y se había terminado el asunto. O el Gobierno no cedía y el caudillo perdedor tomaba el camino de la frontera muchas veces sin ningún intento serio de estorbarlo por parte del vencedor. Hubo quienes perdieron la vida en la demanda (Diego de León), pero la mayoría de los fracasados pasaron fácilmente a otro país a esperar la amnistía o la nueva conspiración militar. Así desfilan las charreteras, los roses, los sables por la política española. Espartero abre la marcha. Es el primero que aprovecha una victoria militar; la guerra carlista felizmente terminada en esa "Paz de Vergara" que el cañismo español transformó en un símbolo de vergüenza y entrega en lugar de admirarlo como un bello intento de pacificación y hermandad de los antiguos enemigos.

Fue el primero y el que dio el salto más grande. De militar "chusquero" llegó a regente, y si hubiera aceptado el algo descabellado propósito de Prim hubiera podido llegar a Rey. También Serrano será Jefe de Estado. Todos alternan sus figuras en la pista de baile —el "rigodón de los generales" lo llamé en un libro—, entrando y saliendo del poder al compás de una música que sólo ellos oyen y que el público español contempla entre irónico y divertido, aguantando el aliento en la explosión bélica —uno o dos días— y lanzándose luego a la calle en su jornada habitual con el mismo Gobierno que "había deshecho el intento criminal de unos ambiciosos de poder" o bajo el nuevo, "que prometía nuevos horizontes de felicidad al pueblo español".

Así se repetían y alternaban los nombres. Tras Espartero, Narváez, tras Narváez, O'Donnell, renace Espartero, le sustituye O'Donnell, que alternará (Cánovas y Sagasta "avan la lètre" con Narváez). Se unen, cosa rara, Prim, Serrano y Topete (excepcionalmente de la Marina). La Reina Isabel se va. Queda de regente Serrano, de primer ministro Prim. Llega Amadeo, hace mutis Amadeo, intento republicano con el que acabará —lógicamente— otro general (que en 1980 es recordado ominosamente), Pavía. Vuelve Serrano de jefe del poder ejecutivo. Y otro general dará la estocada final: Martínez Campos devuelve a los Borbones a su trono en la simpática figura —incluso para sus enemigos dinásticos— de Alfonso XII.

(El estilo del militar del XIX se infiltrará en el XX. Tanto septiembre de 1923 como julio de 1936 tienen resonancias del pronunciamiento clásico. Como en las proclamas de entonces, se habla de la honra, de la virilidad, de la Patria deshecha por las facciones...)

He aquí algunos ejemplos del léxico: "voto explícito y omnipotente de la nación" (Gobierno tras la caída de Espartero); "tiempos ha que los pueblos gimen bajo la más dura administración" (Vicalvarada, 1854); "la revolución es el único recurso de la nación y el principal deber de los hombres" (Prim, en 1867); "la guarnición de Madrid no ha hecho más que ser el

La Reina Isabel de Borbón, con su consejera, *señora Patrocinio*, la "Monja de las Llagas", según un dibujo publicado por la prensa inglesa de la época.



LAS LLAGAS

instrumento y el brazo de la opinión pública unánime" (Serrano, en 1874).

La mayor parte de la danza y contradanza de esos militares se efectúa, como hemos visto, durante el reinado de Isabel II. ¡Qué mujer! "¿Farsa y licencia de la Reina Castiza?", "¿La Reina de los tristes destinos?". Probablemente ambas cosas o ninguna. Por personalidad hubiera podido ser una burguesita de provincias engañando a su débil y afeminado marido con cualquiera de los oficiales de la guarnición, arrepintiéndose luego mucho y corriendo a confesarse sin demasiado daño para nadie. Pero lo grave es que era la Reina y a su militar de turno lo hacía luego ministro. Así le riñe su madre, dolida ante las noticias que recibe en el destierro. Ella no fue una santa, pero...

"Pude ser flaca..., pero jamás ofendí al esposo que me destinó la Providencia..., digo estas cosas para que relaciones dictadas por el antojo... no sirvan de escudos ni autoricen desaciertos que deben repararse".

Pero, bueno, ¿qué hacía otra Reina, Isabel I de Inglaterra según todos los cronistas? ¿O Catalina de Rusia? ¿No elevaban al Gobierno a quien ya había subido a su cama? La diferencia, claro es, radica en el talento político. Isabel II no es ningún genio, ni siquiera tiene la astucia malvada de su padre, a quien a veces intenta imitar.

El "marchemos francamente y yo el primero por la senda constitucional" de 1820 dice así en 1854: "Los sacrificios del pueblo español por sostener sus libertades me imponen el deber de no olvidar nunca los principios de la libertad, sin la cual no hay naciones dignas de este nombre".

Curioso, el general Serrano —el "general bonito"—, uno de los señalados por el pueblo como beneficiario en la elección sexual —administrativo será de los firmantes del manifiesto revolucionario—, en el que se señala la forma, digamos heterodoxa, con que se concedían cargos y prebendas.

"Queremos que las causas que influyen en las supremas resolu-



Isabel II y su esposo, Francisco de Asís de Borbón.

ciones las podamos decir delante de nuestras esposas y de nuestras hijas".

A los generales del XIX puede decirse que les une, además de la ambición de mandar en el país, un concepto general de tipo liberal; no en vano se ha elevado en su carrera combatiendo a un enemigo, el carlista, de corte absoluto; incluso el más "derechista" de ellos, Narváez, el "Espadón de Loja" aceptará cuando gobierne unas críticas periodísti-

cas absolutamente imposibles en el régimen de Primo de Rivera o de Franco, poniendo el caso de otros militares en el poder. Como es sabido, la actitud ideológica del Ejército español en el XIX evolucionará a principios del XX hacia la derecha, como reacción hacia el nacimiento o renacimiento de las aspiraciones vascas y catalanas, el desastre del 98 y los ataques de la extrema izquierda a las campañas marroquíes.

Contra esa idea general de los militares, Isabel II opone un conservadurismo personal e innato que la hace entregarse a los consejos de una sor Patrocinio "de las Llagas" o del padre Claret y llorará amargamente cuando su Gobierno reconozca el reino de Italia, privando de sus posesiones al Papa y encerrándole en los palacios del Vaticano. Personalmente le irrita la seguridad en sí mismo de Espartero y prefiere a O'Donnell, quizá el más equilibrado de los militares de su tiempo, según definió el novelista Pedro A. de Alarcón, "el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano a la reincidente tiranía y con la otra a la impaciente libertad", frase que, librada de su hojarasca romántica, queda como un

buen programa de Gobierno para la difícil España de siempre.

Pero aún O'Donnell resulta demasiado blando para un Reina cada vez más lanzada hacia la derecha al verle dudar en imponer penas de muerte a los sublevados del cuartel de San Gil. Los cuatro jefes muertos en la rebelión fueron vengados por el fusilamiento de sesenta y seis entre los sublevados: "Esta señora quiere que la sangre ahogue el trono", dicen que dijo O'Donnell. Pero la señora estaba ya, como todo personaje político en decadencia, en brazos de los "fieles" que aconsejan más y más energía. Le pasó a Nicolás II de Rusia, le pasó a Isabel II, confiando el Gobierno, muerto ya Narváez, a un González Bravo, que decía enfáticamente al oír los rumores de una revolución inminente: "La lucha pequeña y de Policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis... Entonces tiraremos resucitadamente del puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte".

Vino algo gordo... Y el resultado lo describió, como vimos al principio, Juan Valera. Era lógico. Parecía el final de una novela, una de esas novelas que nadie acepta por inverosímiles. "¡Qué absurdo! Esas cosas no pueden ocurrir...". ■ F. D.-P.



El beato Antonio María Claret.